



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 21 DE JUNIO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Huidas impostergables

LA MEJOR MISA
OLGA DE LEÓN G.

Ana y Martha solían ir a misa los domingos a San José Apóstol, a las cinco de la tarde. Cada una salía de su casa y se veían a la entrada del templo antes de que la misa empezara. Antes de que el servicio religioso terminara, se iban a la placita del centro del pueblo, se compraban una nieve y daban una o dos vueltas al quiosco, luego se sentaban a platicar y ver pasar al resto de las jóvenes que daban más de cinco o seis vueltas luciendo su figura y sus vestidos; mientras, los muchachos recargados en los autos estacionados en la acera de la plaza, deleitaban la vista y esperaban que pasara la que les quitaba el aliento y el sueño en las madrugadas de fin de semana.

Era la rutina de los domingos. A las dos amigas, eso les parecía un tanto aburrido y ridículo, por aquello de quedar expuestas como una mercancía para que los varones eligieran a quién hablarle. ...Y elegían. Claro que ellas ya sabían quién de los chicos se les acercaría y les haría plática, hasta que accedieran a que el joven las pretendiera, para luego de una semana o dos (¡cuando mucho!) se convirtieran en novios.

Las amigas realmente disfrutaban el tiempo que pasaban juntas, que no era mucho, pues ambas tenían su semana muy ocupada en distintas tareas, además de las del colegio, en algunas de lo que ahora se conoce como actividades extracurriculares: clases de piano y de pintura o danza...

Precisamente, las niñas se conocieron en la casa de Ana, a donde Martha ocurría a tomar clase de piano con la mamá de quien sería su amigueta por muchos años. Ana tenía un año y un par de meses menos, once, y Martha, doce, cuando empezaron a platicar después de las clases de piano, y de una manera natural descubrieron que tenían mucho en común: les gustaba leer cuentos para niños, poesía, algo de filosofía, y luego, entre los quince y los dieciséis, ya leían a Sartre, Camus, Hesse. Disfrutaban de sus charlas y reían mucho.

La vida era tan sencilla entonces, con una aspiración larga, dijo Martha a Ana, por el auricular.

Sí, pues he aquí que cincuenta años más tarde, las amigas se reencontraron virtualmente, gracias a las benditas redes sociales. ¡Tantos años sin saber una de otra! Y un día, Martha vio el nombre de Ana en una felicitación de cumpleaños que hizo a otra amiga común... De ahí surgió el hilo que las llevaría al reencuentro.

Los grandes problemas, añade Ana, se reducen a que nuestra amistad no era aprobada por alguna de las mamás de nuestras amigas, aunque a ellas no les importaba mucho la censura de sus madres. Sabía fue Paty, entre otras amiguitas, que nos conocía muy bien, dijo Ana. Sí, porque nos sabía leales, justas y defensoras de los oprimidos y maltratados.

La absurda catalogación de mala



influencia, fue una entre muchas otras anécdotas del reencuentro de Martha y Ana.

¡Cómo!, ¿eso le decía su mamá a Paty? Pero, si éramos unas "hüercas".

Pues sí, pero ella decía que éramos comunistas... Dice Ana, soltando una alegre carcajada.

¡Qué cosas, amiga! No lo fui, no lo soy ni lo seré jamás, contesta Martha. ¿Será que alguna gente ignorante, reaccionaria, medio rica y totalmente descerebrada, así considera a los que sí leen, a los humanistas y cultos? Ahora, rieron mucho más, ambas.

Por teléfono la charla duró casi tres horas, cuatro intentos de despedida y un final que no podrá quedar como final. Se pusieron un poco al corriente de sus respectivas vidas y se prometieron volver a llamar y en cuanto la pandemia termine, o sea posible viajar, verse personalmente.

Lo de la misa fue una anécdota que una de las amigas había olvidado. ¿Recuerdas que nos salíamos de la misa, a la mitad?, preguntó Ana. Y Martha le contestó: el humo del incienso me ahogaba, no podía respirar, por eso no aguanta la misa completa.

-Pues sí, y nos salíamos... He aquí por qué la mamá de Paty decía que éramos comunistas: "teníamos el diablo dentro". Ambas soltaron sonoras carcajadas y así terminaron la charla ese día. Y cada una sola, en su ciudad y su país de residencia, siguió riendo, sonriendo y disfrutando su

reencuentro.

ENTRE LAS HOJAS DE LOS ÁRBOLES
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Ramiro considera ir al cine: caminar un largo trecho para meterse a una sala de proyecciones a vivir una historia ajena; hace años que no lo hace. Busca en la cartelera una película de aventuras, que lo transporte al mundo donde pueda sentirse un héroe. Lo necesita. Además, en su realidad diaria, el trabajo lo consume de lunes a viernes, como la luz del sol al papel: quitándole su brillo y endureciendo su esencia para siempre.

Compra el boleto en la taquilla y camina sonriente porque le esperan dos horas de sueños imaginarios que le harán sentir que su vida se ha transformado. Recuerda que tuvo una semana difícil. El miércoles salió enojado de la oficina; el proyecto que prepara no se dejó terminar y concluyó sus tareas tarde. Se dirigió luego al Metrobús, a una hora en la que la gente se amontona y empuja para lograr subir al vagón. Un hombre lo impulsó y le metió un codazo. Ramiro hizo lo mismo, como acto reflejo. El bribón aquel le soltó un puñetazo directo en la cabeza y de paso le fracturó el meñique cuando Ramiro quiso proteger el rostro; terminó en el hospital, con la mano enyesada.

Dejará de tocar el ukulele por las noches, al llegar a su casa del trabajo. La recuperación le tomará un mes, más el tiempo requerido para recobrar la agili-

dad que ya ha logrado. No es un instrumentista profesional; pero tocar le trae una hora diaria de satisfacción que compensa toda la insatisfacción del trabajo. Esa felicidad nocturna se ha acabado por lo pronto.

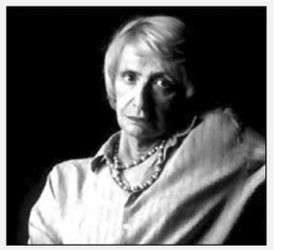
Se mete a la sala del cine sabiendo que él, proyectándose en la historia de la película, será el héroe que al final acabará con el malvado: el mismo mugroso animal que lo golpeó en el Metrobús: imaginará que ambos villanos son el mismo. Pero ello no evitará que, en adelante, se estrese cada vez que deba abordar el colectivo cuando venga lleno de gente. Para subir al transporte público, en adelante esperará sentado en una banca de la estación a que el tráfico de gente se reduzca. Por eso hoy ha preferido caminar al cine, en lugar de ir en Metrobús.

Una vez sentado, se da cuenta de que comió el error de comprar palomitas; olvidó que le provocan una sed inmensa. Lo hace consciente cuando la película ha avanzado diez minutos y él ha terminado con media bolsa; cuando la urgencia de agua ya es insostenible. Se debate entre salir de la sala e ir a comprar un refresco, o quedarse sentado para no perderse ni un segundo de la historia que espera con ansia. Cruza una pierna y decide permanecer. Pero los labios comienzan a secarse. Siente una lágrima a punto de brotar, y que se le forma una herida salada en la lengua. Ha dejado de comer para colocar la bolsa de palomitas en el asiento junto al suyo.

En la pantalla observa una escena en el metro de Nueva York. Los vagones van atiborrados de gente, cuando una persecución se desata de un vagón a otro. A Ramiro le comienzan a temblar las manos, a invadir el miedo.

De pronto: patadas y puñetazos. El susto provoca un acto reflejo: Ramiro golpea con una pierna el asiento delante a él. El hombre ahí sentado se levanta enojado y le reclama; Ramiro no sabe qué decir a ciencia cierta, por los nervios; pero intenta disculparse. Poco a poco, nuevamente: la calma: el hombre vuelve a su asiento y la consciencia le recuerda a Ramiro... la insostenible sed. Esta vez, no lo duda. Se levanta y sale de la sala, luego del cine; busca una tienda donde comprar agua embotellada. La encuentra bajo un anuncio luminoso. Bebe dos litros de agua purificada, casi sin respirar... e inmediatamente: las ganas de ir al baño, el sentimiento de frustración, el largo camino de regreso a pie.

Hasta que algunas lágrimas destilan sus ojos. No ha podido transportarse al mundo de los héroes. Tiembla de coraje. No lo puede evitar: una pequeña mancha húmeda pinta su pantalón cerca de la bragueta. Ramiro comienza a caminar a paso normal; luego, más despacio. Admite lo que tiene que admitir: que está muerto del miedo, que no fue un héroe... y se da por vencido: Como un huracán que se deshace entre las hojas de los árboles.



Françoise Sagan

Escritora francesa, icono entre los intelectuales de los años cincuenta y sesenta. Su primera novela, *Bonjour tristesse* (1954), la hizo famosa en pocas semanas y por ella obtuvo el codiciado Prix des Critiques. Esta historia de una adolescente privilegiada con opiniones precoces acerca del amor, el sexo y los códigos morales al uso fue llevada en 1958 a la gran pantalla por el realizador Otto Preminger, con Jean Seberg, Deborah Kerr y David Niven como personajes principales. En aquella época, consciente ya de que su vida desenfadada la llevaba a una prematura decrepitud, la autora se sometió a varias curas de desintoxicación. Sin embargo, no tardaría mucho en volver a las andadas.

Con su segunda obra, *Un certain sourire* (1956), la joven novelista confirmaba las esperanzas que había suscitado. Al relatar la historia de una joven que se enamoró de un caballero casado, de edad suficiente para haber sido su padre, dio muestras, por segunda vez, de una maestría literaria asombrosa, a pesar de graves defectos en la concepción de sus personajes y en el desarrollo de la trama. Su estilo narrativo, personalísimo, no conocía prejuicios. A los 20 años, Françoise Sagan gozaba de una fama que ningún novelista había alcanzado a aquella edad.

Sagan siguió publicando no sólo novelas, sino también obras de teatro, desde que en 1960 se estrenara en este género con *Château en Suède*, que supuso en su carrera teatral el equivalente de *Bonjour tristesse* en la ficción y que se representó en el teatro L'Atelier. Aquel año inició su colaboración en *L'Express* y se ganó la animadversión del gobierno francés por su militancia («por razones humanitarias») contra la tortura en Argelia. Otras de sus obras teatrales fueron *Il fait beau jour et nuit* (1978), *Le chien couchant* (1980) y *L'excès contraire* (1987).

Antes de retirarse por incapacidad, aún escribió varias novelas, algunas de las cuales tuvieron más éxito de ventas por el nombre de la autora que por su calidad literaria: *La laisse* (1989), *Un orange immobile* (1989), *Les faux-fuyants* (1991), *Un chagrin de passage* (1993) y, finalmente, *Le miroir égaré* (1996), un triángulo amoroso y disonante entre una viuda millonaria y una joven pareja de intelectuales.

En 1996 publicó *Derrière l'épaule*, en el que traza una mirada crítica sobre su vida, a pesar de que en 1993 había publicado en Francia *Et toute ma sympathie*, obra que ya fue considerada como su primer libro de memorias. El segundo lo publicó en 2001 con el título *Aimez-vous Sagan?*, porque estaba convencida de que muchos la consideraban entonces como la «madona olvidada y hasta vilipendiada de una literatura mal entendida». En 2002 prologó todavía una edición de la *Correspondencia amorosa* de George Sand y Alfred de Musset.

Sagan pasó los últimos años de su vida enferma y arruinada, hasta el punto de que se vio obligada a vender su mansión en Normandía y su piso en París y se alojó esporádicamente en casas de sus amigos parisienses, hasta que los nuevos propietarios de su antigua mansión le permitieron volver a vivir en ella. En la última década del siglo XX, su nombre salió en portada por diferentes asuntos turbios. En varias ocasiones fue condenada por cuestiones de drogas o por fraude fiscal, y pasó dificultades económicas.

Sin embargo, su aparente felicidad escondía una gran soledad interior. Decía así que sus libros hablaban sobre todo de la soledad y de la manera, si existe, de «desembarazarse de ella».

ad pédem literae

"Estar preparado es importante, saber esperar lo es aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave de la vida."

Arthur Schnitzler

Letras de buen humor

"No se tome la vida demasiado en serio; nunca saldrá usted vivo de ella"

Elbert Hubbard

Mónica Lavín

Pasado y futuro

La pandemia, como un presente sostenido, nos tiene muy alertas del futuro. Día a día resolvemos los apremios cotidianos de alimento, higiene, limpieza de la casa, actividad física, todo aquello laboral que podemos resolver desde el espacio del confinamiento y, para quienes tienen hijos en edad escolar y pre-escolar, una constante tarea de acompañamiento. Rematamos el día ansiosos y cansados de cifras, que nos den un retrato del instante. No estamos muy ciertos de si el retrato es fidedigno, pero es todo lo que tenemos. En realidad la única certeza que poseemos es un presente amenazado de muerte que día a día nos coloca en "el anciano futuro". Había dictado a la computadora "el ansia de futuro"—la excesiva actividad frente al teclado me ha lastimado el cuello y el hombro y pruebo dictar a la máquina—. Y aunque ese también es mi presente, yo ni nadie podríamos sostener nuestra precaria o privilegiada forma de sobrevivir en este tiempo, si no fuera por el atisbo del futuro. ¿Un anciano futuro?, ¿este lapsus tecnológico me revela algo?, ¿la nueva normalidad es un anciano futuro? Es cierto que cada día envejece conforme lo transitamos y el futuro, en una digestión insensata, se hace presente de inmediato y a paladas se amontona a nuestras espaldas.

El futuro inmediato de nuestra forma de vida está ahora controlado por semá-

foros. Curioso pensar que algo más grande que nosotros mismos, un dislate biológico, una evidencia de nuestro origen molecular, de que no controlamos todo, de que no todo es el voto público y la voluntad de la mayoría, es el todopoderoso virus que dicta nuestros pasos del rojo al verde. Es un futuro muy extraño, condicionado el retroceso pues nada nos dice que habiendo llegado a un deseado amarillo no tendremos que volver al rojo. ¿Qué clase de futuro es este?, ¿cómo nos diseñamos en este pantanoso panorama? Bueno, no es que no hayamos visto ciertas cosas gratas de este paren el mundo, enciértrate atiéndete, estáte con los más cercanos si la vida es llevadera ahí, pero ya estamos cansados de verle el lado bueno sin entender cómo es lo que sigue. Cada ciudadano tiene también su propio decálogo, un recetario de cuidados para el presente, pero dónde está el panorama de un futuro que solíamos calendarizar. El futuro era una agenda, el futuro es ahora un pantano. Nos asomamos a él, como nuestra única bola de cristal tangible, a través de las fotos y las noticias que dan cuenta de cómo se retoma el espacio público en otros países. La transparencia del cristal pronto se empaña porque un nuevo brote en un mercado de Beijing obliga al retroceso, lo único diferente es que ese pasado ya es conocido, quizás estamos mejor armados en lo práctico para resolverlo, pero no en lo emocional.



No sé si les pasó a ustedes, pero ver películas o series, el entretenimiento del siglo XXI desde la casa, es un melancólico viaje al pasado. Ahí están representadas nuestras costumbres que hace tres meses era nuestra normalidad, el pan nuestro de cada día. Las reuniones, los bailes, los aviones, comer fuera de casa, los paseantes en la calle, los festejos, los trabajos, los abrazos entre amigos, padres, hijos, amantes. Las risas muy cercanas salpicando de saliva sin pudor alguno. Qué normal era la caricia, el apretón de manos, el estoy aquí con un gesto físico y no con este exceso de palabras al que nos obliga la llamada nueva normalidad, porque en la virtualidad no hay silencio que comuniqué. Me preocu-

pa qué nos está pasando con esas formas de relación que hace tres meses regían nuestros proceder. Las hemos tenido que domesticar, aplacar, confinar en el calabozo del peligro. La pantalla del entretenimiento es otra bola de cristal que nos muestra el pasado, que no dudo necesita de rediseño, pero que no puede prescindir de lo que el presente y el futuro cercano nos escatiman: la desenfadada cercanía y la espontánea manifestación física del silencio de los afectos.

Nos desea un futuro que se nutra de nuestra antigua normalidad desechando su vértigo y su falta de humanidad, pero que no haga del final del invierno de 2020 una época arcaica e irreparable. Nos deseo un renovado futuro.